

Humor popular sobrarbés

MARIANO CORONAS CABRERO¹

Rafael Andolz estuvo suscrito a la revista *El Gurrión* de Labuerda casi desde sus inicios. Curiosamente era el único suscriptor que pagaba la suscripción anual contrarreembolso del primer número correspondiente a la nueva temporada, así me lo pedía siempre.

En nuestros esporádicos encuentros se mostraba sorprendido de que en un pueblo tan pequeño tuviese lugar el pequeño milagro trimestral de alumbrar un nuevo número de la revista. Yo le quitaba importancia al asunto y le decía que tal cuestión no era más que un ejercicio práctico de la tópica cabezonería altoaragonesa. Él insistía en elogiar la iniciativa, animaba a continuar y se felicitaba de que la «cabezonería» produjera también ese tipo de resultados.

Rafael fue una persona admirable por diversas razones. Para mí resultaba sorprendente su capacidad de trabajo. Hasta tal punto la tenía yo presente que en diversas ocasiones, cuando la salida de un número de la revista se me complicaba con el trabajo diario y sentía cierto agobio por cumplir los plazos, el recuerdo de esa capacidad silenciosa de trabajar me impulsaba a sacar un poco más de fuerza y dejar listo aquello que empezaba a superarme. Igualmente sorprendente resultaba comprobar su inagotable curiosidad, que le llevó a investigar sobre un amplio abanico de temas; siendo, sin duda, un referente obligado para toda persona que quiera conocer el Alto Aragón y la cultura de sus pueblos y gentes, territorio que él conoció como nadie porque lo recorrió «a golpe de alpargata» una y mil veces. Rafael sabía bien que cada abuelo o abuela que muere se lleva un trozo de la historia más cercana y entrañable; por eso habló con tantos y tantas y escribió recuerdos y vivencias.

Al proponerme participar en esta publicación colectiva que impulsan el IEA, el IAA y el Consello d'a Fabla Aragonesa he querido contribuir modestamente a ella con un tema que él investigó y desarrolló: «El humor altoaragonés». En mi caso, y en recuerdo de esa obra, lo he llamado «Humor popular sobrarbés». Creo que el humor es un valor trascendente y desde luego

imperecedero. En los pueblos, cuando preguntas por alguna persona, quienes le conocieron podrán haber olvidado la mayor parte de su biografía pero casi seguro que te contarán alguna anécdota protagonizada por el interesado que no se ha olvidado con el paso del tiempo. Si además la persona por quien te interesas tenía cierta capacidad humorística, sus «salidas» se recuerdan con nitidez y se recuerda a la persona aquella (si es que ya ha fallecido) con cierta admiración, pues era capaz de fabricar una respuesta ingeniosa o decir verdades dolorosas «con sentido del humor», justamente con esa distancia que permite decir ciertas cosas sin que el cielo caiga sobre nuestras cabezas.

A lo largo de los años, en diferentes secciones de la revista trimestral *El Gurrión* he ido recogiendo parte de lo que voy a contar: coplas, charrazos, «salidas», anécdotas... protagonizadas por anónimos hombres y mujeres de Sobrarbe que dejaron su impronta, incluso después de su muerte, y que supieron cultivar el ingenio de forma natural, en un tiempo en que las *biladas* nocturnas, las *lifaras*, las faenas colectivas propiciaban lugares distendidos de encuentro que servían además para repasar los acontecimientos de la comunidad en la que vivían inmersos. Lugares donde se salvaguardaba y se enriquecía la tradición oral, hoy tan empobrecida por el sesgo que han tomado los tiempos.

Ni mucho menos es pretensión mía hacer un trabajo exhaustivo sobre el significado y el alcance del humor en la comarca de Sobrarbe. Quiero presentar una recopilación de elementos humorísticos, recogidos en la misma o que hacen referencia a ella: a pueblos y gentes que nacieron y vivieron aquí, domesticando la naturaleza, curtidos por los duros inviernos, difícilmente comunicados con la tierra llana y apechugando con múltiples carencias: educativas, sanitarias, culturales... A pesar de todo ello, el humor, a veces ácido, muchas socarrón, estuvo presente en sus vidas y ha llegado hasta nosotros. También quiero recordar a algunas personas que atesoraron y aún atesoran un rico acervo oral, en el que el humor estuvo y está muy presente. Gracias a sus ocurrencias y a su memoria, ha sido posible recoger todo lo que sigue a continuación.

Dichos y coplas populares

La rivalidad entre pueblos próximos viene de muy antiguo y algunas coplas, pareados, motes o chascarrillos (que se dedicaban de unos a otros)

han sobrevivido al paso del tiempo. Sobrarbe no iba a ser una excepción y la gente mayor nos ha transmitido algunos de ellos. La rivalidad continúa hoy día, quizá diluida un tanto por la pérdida poblacional, porque estamos en otros tiempos, por lo que sea, pero sigue viva en muchos casos. Lo que tal vez hayamos perdido es el ingenio para traducirla en una copla, en un pareado... A falta del ingenio presente, vamos a recuperar el antiguo.

De un pleito mantenido por el pueblo de Saravillo con los tres pueblos del valle de la Comuna, nos ha quedado esto:

Saravillo, Sin, Señes y Serveto,
formaron un pleito.
Saravillo lo perdió
y lo pagó con nueces bofas
y crabas sarnosas.

Y siguiendo con Saravillo, ¿habrá alguien tan inocente que al oír la siguiente retahíla crea que hablamos de meteorología?:

Saravillo,
pueblo de mujeres calientes
y d'hombres fríos.

Asunción Campo, natural de El Pueyo de Araguás y afincada en Labuerda desde hace muchos años, me recitaba un día esta colección de dichos:

En Torrolisa, matón una burra grisa;
en San Lorién, en quereban tamién,
y en Araguás, d'a punta a coda t'atrás.

Tella, Dios me libre d'ella.

A Revilla, cualquiera la pillá.

La melsa pa os de Bielsa.

En la década de los setenta, visitaba muchos pueblos de la comarca un personaje nacido en Castejón de Sobrarbe, que respondía al nombre de Modesto. Fue el último juglar, entre pícaro y marginado, que recorrió caminos y pueblos pidiendo limosna y ofreciendo generosamente retazos de

tradición oral. Cantaba su propia versión del romance de «Marichuana» y recitaba coplas, como la que decía:

Curtos os de Guaso,
largos de pulsera.
Ha pariu a perra
en o rincón d'a cadera.

Los de Tierrantona y Camporretuno tienen motivos para olvidar o para desear que otros olviden algunos dichos:

Tierrantona, gente guitona,
monte sin leña, río sin agua,
mujer sin vergüenza
y hombre sin palabra.

Camporretuno,
sin santo nenguno;
uno qu'en abió
un tozino se lo comió.

Tampoco tienen motivos para estar contentos en otros pueblos, pues el ácido humor popular les recuerda cosas como estas:

Pelaires os de Boltaña,
os del ofizio batido
que bendión a san Pablo
por un cantaro de bino.

No vayáis por trigo a Vio
ni por conciencia a Solana,
ni por virgos a la Ribera
ni por justicia a Boltaña.

Mujer de Laspuña
y macho de Naval,
con uno en hai prou
en cada lugar.

Cuentan que en Tella, cuando moría alguna persona, salían a vocear a un paraje adecuado mensajes como este para que los escuchasen los habitantes de las aldeas próximas:

Os d'Arinzué y Lamiana,
puyar mañana,
qu'abrá bel carnuz
u bella carcana.

Labuerda fue durante muchos años importante centro de aprovisionamiento de vino, aceite, paja y grano e importante centro comercial para las gentes de la montaña. Las tiendas de Navalés y Casa Felipe surtían a los montañeses de todo lo necesario e incluso, como el caso de Casa Felipe, actuaban como prestamistas. Eran frecuentes las reatas de caballerías que bajaban a comprar. Esta copla la pone la memoria popular en boca de una montañesa:

De Chisagüés soi baixata
a por una carga palla
y m'he beniu t'aquí
porque he sentiu a guitarra.

La gente mayor de Labuerda recita una copla, fabricada por algún antepasado amante de la localidad, que ensalza la patria chica sin meterse con los pueblos vecinos. Dice así:

Tres cosas tiene Labuerda
que no las tiene el partido:
la fuente en medio la plaza,
la carretera y el río.

A veces, los conocimientos del informante te llegan a través de un intermediario que conoce tu interés por la recopilación de la tradición oral. Es el caso de los siguientes materiales que me hizo llegar Jesús Buil Gurpegi y que le contaba un compañero de trabajo –**Urbano Puértolas**– originario de la aldea sobrarbesa de Bies.

Para empezar, una copla de curas:

El cura de San Vicente
cortejaba en San Lorién,

le dieron una paliza
y se le estuvo muy bien.

Seguimos con otra que hace referencia a los pueblos del valle de Bielsa:

No trates burro en Espierba,
ni te cases en Parzán.
Ten cudiau con os de Bielsa,
mira que te joderán.

Sin salir de la zona, tenemos una segunda copla:

Chisagüés está en un alto,
Parzán en una valle
y el desgraciado Javierre
no tiene más que una calle.

Aún hay una tercera:

Ta la fiesta Chisagüés,
o que no come antes
tampoco después.

Y una cuarta para terminar con el valle:

Pa la fiesta de Bielsa,
mucha camisa blanca y mucha farola
y o puchero en o fuego
con agua sola.

Descendemos unos kilómetros por la orilla del Cinca y cambiamos de pueblo:

Almorcé en Lafortunada,
bebí vino del porrón,
me lo cobraron bien caro
en casa de Tomasón.

Sin cambiar de localidad, cuenta el informante que había un hombre en Lafortunada que iba con frecuencia al río con la intención de echarse dentro y suicidarse. Cada vez que llegaba a la orilla, se lo miraba y decía, sin acabar de decidirse:

Río, río,
 ¡qué grande bajas!
 Tócame los cojones,
 que m'en boi t'a casa.

Cerca de Lafortunada está Badaín:

Si vas ta Badaín,
 mira bien quién te convida,
 que a la corta u a la larga
 se cobrarán a comida.

Adentrándonos en «la Bal de Chistau», recuerda la copla:

Si vas ta Plan
 llévate pan,
 que agua d'o río
 ya t'en darán.

Y en otra nos recuerda el largo contencioso que mantienen Plan y San Juan con el tema de las gallinas:

De Plan ta San Juan
 as gallinas ban;
 y as que ban
 no i tornarán.

El informante se detiene ahora en su pueblo y sentencia:

Ta la fiesta de Bies
 fan as almóndigas
 con os pies.

Luego, llega hasta los pueblos que hay a las faldas de la Peña Montañesa, y avisa:

No trates mula en Zeresa
 ni compres burro en Laspuña,
 ni mujer en Torrolisa,
 ni perro en San Lorién:
 a mula te saldrá guita,
 o burro te calziará,

a mujer s'irá con otro
y o perro te morderá.

No sabemos qué disciplina deportiva enfrentaba a «Ramón» y a «Moreno», pero en la copla que sigue quedan bien expuestas sus respectivas habilidades:

Pa tirar lejos y seguro,
Ramón de Muro.
Pa tirar cerca y mal,
Moreno de l'Hospital.

Y remata el repertorio con la situación que vivían en una casa. Una situación límite que les dejaba pocas salidas:

O burro, loco.
O tozino, baldau.
A zagala, preñada
y o mozo, soldau.

M^a Teresa Cabrero Pardina

M^a Teresa Cabrero Pardina, natural de Escanilla y casada en Labuerda, siempre ha gozado de buena memoria y de sentido del humor. Sería el prototipo de persona que ha ido almacenando información de sus vivencias y de lo que veía y ocurría alrededor y que ha ido contándolo en reuniones familiares con frecuencia. Libreta en mano, me he sentado muchas veces a escuchar sus recuerdos. Cuando se acordaba de algo y yo no estaba presente lo apuntaba en el reverso de una hoja, en un sobre viejo... para contármelo en cuanto tenía ocasión. Estos dichos, salidas y coplas de pueblos de los alrededores del suyo de nacimiento me los ha ido refiriendo ella:

Clamosa (hoy abandonado) era un pueblo que se hallaba situado en la margen izquierda del río Cinca. Hacia allí iban tres curas a facilitar el «cumplimiento pascual» a los feligreses. El río Cinca debían atravesarlo con una barca. Encima de la misma se encontraban mosén Jaime de Ligüerre, mosén Tomás de Escanilla y mosén Manuel de Clamosa.

En un momento de la travesía, se soltó la sirga y la barca se descontroló, por lo que dos de los pasajeros exclamaron con los brazos abiertos y mirando al cielo:

—¡Dios mío, salvad nuestra alma!

A lo que mosén Jaime, mucho más práctico, repuso:
—¡Sálvanos el cuerpo, que el alma ya seguirá!...

Clamosa era un pueblo donde abundaban *as figas* y dicen que –por hablar «fino»– invitaban a la gente a subir a las casas en estos términos:

Suban, suban, que comerán unos higos enfarinados.

En Ligüerre de Cinca, con fama de poco convidadores, las personas que pasaban por el lugar solían decir:

Pobre de mí, desgraziau,
qu'he pasau por Ligüerre
y no m'han combidau.

Los habitantes de los pueblos vecinos de Olsón (que cuenta con una hermosa colegiata) les decían que cuando tocaban las campanas lo que se escuchaba era lo siguiente:

Talón - sin - pan - ta - lón - sin - pan - ta - lón...

Vivía en Abizanda un hombre que se llamaba Cosme. Un buen día regresaba andando desde una finca próxima hasta su casa en el pueblo. Estaba lloviendo y un par de vecinas que le veían venir le gritaban:

—¡Corra, siño Cosme, corra, que se va a mojar!
El bueno de Cosme les espetó:
—¡Qué tos paize, que más t'allá no lluebe u qué!

En algún caso, la copla oída, recogida de viva voz, expresa la resignación de vivir en un lugar y en un tiempo determinados:

Nacer en Mípanas,
morir en Lamata.
¡Ay, Asuncioneta!,
¡ay, ay, qué mala pata!

Y aunque Naval mira ya al Somontano no me resisto a referir lo que me contó la mencionada M^a Teresa. En dicho pueblo se hacía hoguera para la fiesta de San Sebastián y era frecuente cantar o decir coplas alrededor de

la hoguera. Un año, uno de los vecinos que sabía de dónde había salido la madera de la nueva imagen del santo nombrado se destapó con esta copla:

Glorioso san Sebastián,
de lo mío zerollero,
de lo pilón de lo macho
primo hermano berdadero.

También referida a Naval, importante centro alfarero y localidad próxima a Escanilla, se cantaba o recitaba:

A subida Matidero,
a perdizi3n de Nabal.
Se rompi3n os pucheros
y un pichinal.

Miguel de Manolico

Miguel Pardina Barrabés («Miguel de Manolico») ya hace años que falleció en Labuerda, de donde era natural. Lo recuerdo todavía con alto porte, socarr3n y divertido. Había sido albañil y de él cuentan y no acaban. Era un hombre ingenioso y siempre tenía preparada una «salida» divertida ante cualquier situación. Es la persona de la que he oído contar más aportaciones humorísticas y desde luego la que se recuerda como paradigma del humor popular en mi pueblo. Creo que merece la pena recuperar algunas de sus aportaciones.

Contaba, situando la acción en Chisagüés, lo siguiente:

Un día, una muller en Chisagüés se fartó d'ugas, poco acostumbrada a comer-ne. Como as tripas le feban mucho mal, decidió llamar a o medico. A muller vivía con un zagal. Cuando llegó o medico le preguntó:

—¿Qué ha comido usted, abuela?

Y ella le contestó: —Ugas.

Beyendo el estado de la muller, le rezetó que se fese lavativas hirviendo agua con jab3n casero. O medico, antes de marchar, le dijo a o zagal que él mismo le'n podeba poner.

Dimpués de preparar a lavativa, l'agüela se remangó as sayas y o zagal se quedó parau al ber-le dos aujeros, asinas que preguntó:

—Agüela, ¿por ón se la poso?, ¿po'1 peluto o po'1 pelato?

Y contestó l'agüela:

—Po'l pelato, que po'l peluto bastantes me'n han posato.

Aficionado a las coplas, sin saber si eran de su cosecha o recogidas en los lugares a los que su trabajo le llevó, aquí van dos ejemplos de su afición a la picaresca:

Si quieres saber quién soy
y de qué familia vengo,
levántame la camisa
y verás qué cola tengo.

Sé qu'has matau o tozino
y no m'has dau torteta;
yo tampoco te daré
d'o que tengo en a bragueta.

Hace unos años, la pesca con artes como el *filau*, el *cañar*, la *manga*, etc. era bastante frecuente a determinadas horas del día e incluso por la noche, a la luz de los candiles de carburo. Era una actividad arriesgada, pues si alguien era sorprendido por los *civiles* se le podía caer el pelo. Más de uno llegó a casa en calzoncillos, porque no le dio tiempo ni a recoger la ropa y muchas aventuras se cuentan referidas a este tema. De Miguel de Manolico cuentan lo siguiente:

Un día estaba Miguel pescando en el río con algún arte de pesca que no era legal, cuando se dio cuenta que cerca de él habían aparecido tres guardias civiles que estaban a punto de sorprenderle en plena faena. Al verse descubierto, ni corto ni perezoso, se echó dentro del río y nadando con gran agilidad salió del agua sin que lo vieran y consiguió llegar a su casa. Durante algunos años, Miguel y su mujer, Teresa, regentaron una pequeña cantina en su casa.

Los civiles, que vieron cómo se tiraba al río pero no lo vieron salir, creyeron que se habría ahogado y pasado un rato de búsqueda infructuosa, llegaron a la cantina de casa Manolico donde le narraron con preocupación al propio Miguel lo sucedido. Él se mostraba igualmente compungido por el suceso y allí quedó la cosa.

Al cabo de un tiempo, volvieron por la cantina los civiles y Miguel les preguntó por el supuesto desaparecido, de quien los guardias confesaron no tener ninguna noticia. Entonces, les contó que el pescador que aquella tarde se tiró al río era él, dejando a los guardias boquiabiertos. Un jarro de vino sirvió para celebrar la aparición del desaparecido, en medio de las lógicas risas.

Se cuenta de Miguel que, en muchas ocasiones, acudía al salón de la Casa-Escuela de Labuerda a vender cacahuets, aprovechando fiestas o celebraciones en las que había baile. Para invitar a los presentes a comprar el producto, voceaba la siguiente coplilla de su cosecha:

Al rico cacahué,
de Miguel Pardina Barrabés,
con a tripa t'alante
y o culo al revés.

La frase popular que dice «de casta le viene al galgo» es perfectamente aplicable en el caso de Miguel Pardina. Su madre –María Barrabés– tampoco se quedaba manca a la hora de filtrar con el humor situaciones concretas. Veamos:

En Casa Manolico matón un año un tozino chicorrón. Un día a siña María fizo pa comer bellas judías secas, con un poqué de tozino, pa toda la familia.

Su hijo Miguel, dimpués de minchar-se bellas cucharadas, se dirigió a ella y le dijo:

—¡Mamá!, que estos dizen que les ha saliu tozino y a yo no...

A lo que ella contestó:

—Pues, mira-lo si ye detrás de bella judía porque yo en he puesto pa todos.

Chicas finolis

Durante los tiempos dorados (nefastos para nuestra comarca) de la emigración, muchas chicas jóvenes de estos pueblos y aldeas de Sobrarbe se fueron a las capitales (muchas a Barcelona) a «servir». Viendo bastante negro el futuro en su pequeño pueblo o en su aldea, buscaron en la capital lo que aquí no encontraban. Las primeras que llegaban animaban a las que se quedaban e incluso les buscaban trabajo. Este, generalmente, consistía en entrar al servicio de familias acomodadas para realizar «las labores propias del hogar». Cuando regresaban a sus lugares de origen, volvían cambiadas: más finura en el cutis, mejor vestidas y habían modificado hasta el lenguaje...

Una tarde del mes de enero, rodeando la hoguera de la plaza de Labuerda, mientras esperábamos la llegada de la cabalgata comarcal de los Reyes Magos salió este tema a conversación y se contaron allí tres anécdotas con protagonistas femeninas:

1. La primera llegó desde Barcelona a su aldea y fue a saludar a sus padres, que se hallaban recogiendo hierba en una pequeña faja, cerca del caserío. El saludo «¡Hola, papi; hola, mami!» fue ya una premonición. Seguidamente, se quedó mirando una herramienta que había en el suelo y a la vez que preguntaba qué era aquello, la pisó con el pie. El objeto en cuestión hizo un giro de noventa grados y le golpeó las narices con el mango. La chica, sin esperar respuesta a su pregunta, exclamó: «¡Me cagüen el rasco de la mierda!». El golpe le había hecho recordar el nombre..., que por lo visto no había olvidado.

2. La segunda, recién llegada de la capital, se acercó hace ya unos años hasta la antigua Casa Chéliz de L'Aínsa y preguntó con mucha educación a quien le atendía:

—Buenos días, ¿tienen caramelitos?

—Sí, sí, de varias clases —le contestó el dependiente.

—Pues póngame unos poquitos, bien empapeladicos para que con la calor no me se desfaigan.

3. La tercera se encontraba en medio de un banquete de fiestas en una aldea de cuyo nombre no quiero acordarme (como decía Miguel de Cervantes al comienzo del *Quijote*) y en un momento determinado, se levantó y alzando un poco la voz hizo saber lo siguiente:

Con el permiso de todos ustedes, voy a hacer aguas menores y tal vez cague...

Y ante el asombro de los comensales abandonó la sala y la mesa en dirección al retrete.

Y así lo contaron y lo recordaron Francisco Lanao y Enrique Sesé de Labuerda. Yo me limito a transcribirlo y a dar fe de las risas que nos echamos, con el debido respeto.

Epílogo

No está agotada, ni mucho menos, la recopilación de materiales humorísticos de la comarca que nos ha legado la tradición oral. Creo, no obstante, haber aportado un volumen significativo de los mismos para contribuir a este trabajo colectivo en memoria de una persona que investigó

este tema entre otros muchos. Si la risa es terapéuticamente aconsejable para la salud, confío en que lectores y lectoras de esta colaboración se diviertan con ella y agradezcan a los informantes nombrados y a los anónimos creadores el haberles hecho pasar un rato ameno y divertido. No querría, sin embargo, terminar este escrito sin mostrar mi respeto a todos los pueblos y personas citadas y pedirles que acepten con deportividad las puyas irónicas que algunas coplas transmiten.

¹ Director de la revista *El Gurrión* de Labuerda (Sobrarbe, Huesca).